

## En Guadalupe el día de Todos los Santos

A la vuelta de la II Asamblea de Estudios Extremeños, celebrada en Cáceres con un éxito compensador, creo yo, del esfuerzo y cariño con que sus organizadores, y esencialmente el dinámico P. Cotallo, la habían preparado, un menguado grupo de asambleístas nos dirigimos a Guadalupe.

Algunos eran ya veteranos en la visita al evocador Santuario, tales como la historiadora María Cardona, que sumando la competencia al instinto femenino, ha logrado una magnífica restauración en la fundación de los Duques de Lerma, instalada en el Hospital Tavera de Toledo. ¿Y qué hemos de decir de María Luisa Caturla? Conocía Guadalupe no sólo como visitante más o menos curioso o erudito en temas de arte, sino como destacada especialista en el estudio de uno de los más grandes valores que encierra el complicado monasterio: los monjes de Zurbarán. El resto del grupo lo formábamos Mademoiselle Delacroix, de fina sensibilidad, capaz de captar tanto los matices del arte como los del paisaje; el Dr. Castillo de Lucas, que contagiado por Rodríguez Marín no sólo en coleccionar, sino en esclarecer refranes, ha dedicado un estudio a los recogidos por Sorapán de Rieros, el ilustre médico natural de Logrosán; su hijo estudiante de medicina y yo, todos muy afortunadamente guiados por el Padre Arcángel, que hasta nuestra partida para Madrid no tuvo un momento de reposo.

Qué múltiples recuerdos los de Guadalupe en el día de Todos los Santos. ¡Cuán diversos e interesantes! Inútil sería que yo tratase de ensalzar los tesoros artísticos del Monasterio, y mucho más de contárselo a extremeños. Todos han sentido emoción al oír caer el agua del surtidor en el templete del patio mudéjar; todos han adorado a la Virgen en su camarín; ninguno ha dejado de maravillarse ante los riquísimos tejidos y bordados que allí se custodian, bordados muy en contacto algunos con los populares cacereños, los hechos con seda en el llamado punto de Hungría, a grandes pasadas sujetas a pespunte.

Pero no todos han contemplado los Zurbaranes con M.<sup>a</sup> Luisa Caturla, pudiendo apreciar la calidad de los tejidos, la intención de los gestos, la expresión magnífica de las manos... Acompañados del Padre Prior, el Padre Arcángel y otros dignos franciscanos que exquisitamente atienden a sus huéspedes, tanto fuimos y vinimos, miramos y remiramos los monjes de la sacristía, que le dimos la sorpresa a M.<sup>a</sup> Luisa de descubrir la firma y fecha en dos de los lienzos. En el coro, en los altares laterales, ornados con ricos marcos barrocos hay dos buenos cuadros. Se atribuyen a Zurbarán, y allí vivimos momentos de verdadera emoción esperando el veredicto de «la madrina» del pintor. Los demás, cuya opinión es libre por carecer de autoridad,

veíamos en ellos mil cualidades auténticas del maestro, mas la ilustre crítica dijo que tan cerca estaban de él, que posiblemente fueron pintados por uno de sus mejores discípulos, mientras él hacía los monjes del claustro y vigilaba los del alumno, en cuyos cuadros hasta pudo poner su seguro pincel. Después en Madrid la hemos oído decir «he de ver más despacio aquellos cuadros».

El día de Todos los Santos, nos proporcionó en Guadalupe dos momentos solemnes en su templo: la gran misa de la mañana acompañada por el magnífico órgano; en la que los oficiantes vistieron ricas vestiduras; y los rezos al caer la tarde elevando al cielo humildes y devotas plegarias.

Visita obligada en este día fué la del cementerio, en las primeras horas de la tarde. No es preciso preguntar el camino, nos le indica la hilera de gentes de todas clases que a él se dirigen portando flores y cirios con que honrar sus difuntos. En el humilde cementerio instalado en un cerro, las personas mayores guardan la tumba de los suyos, los niños, muchos niños, van de un lado a otro colocando ramas por ellos cogidas en el campo; a los niños de la ciudad les estrema la idea del cementerio, casi ninguno le conoce, sin embargo estos niños lugareños desde que apenas saben andar están habituados a moverse entre las sepulturas y en tropel siguen a los sacerdotes que a estas horas rezan responsos ante las tumbas a petición de los deudos de los que en ellas descansan.

El pueblo de Guadalupe es encantador. En el centro de la plaza la fuente de enorme bola y cuatro caños, llena casi constantemente los cántaros de cobre que como regalo de boda llevan los novios, y heredan no solo sus hijos sino sus nietos. Estas vasijas de cobre, son una especialidad del pueblo. Lucen en todas las cocinas y reproducidas en miniatura adornan las salas o los íntimos cuartos de trabajo de los extremeños que viven por toda España. En Guadalupe hay varios artesanos que se dedican a tal fabricación. Visitamos uno de ellos, mas no logramos oír el golpe sonoro de su martillo sobre la chapa de cobre, pues era día de fiesta.

La calle principal en cuesta, dotada de acogedores soportales, ofrece entre sus bocacalles la vista de un paisaje de monte y olivos. En las primeras horas de la mañana un mercado anima la plaza del monasterio. Las mujeres afanosas van y vienen, los hombres conversan unos con otros. Allí vimos cómo con unos sarmientos chamuscaban un cerdo poco antes de ser descuartizado para su venta, pues el cerdo da ocasión a otra industria de Guadalupe. Las mujeres guadalupenses preparan con él sabrosísimos embutidos.

La noche de aquella bien aprovechada jornada nos ofreció otro grato y conmovedor espectáculo: todas las fachadas del pueblo desde la monumental y desconcertante del Monasterio hasta la de la más humilde y apartada casita, se adornan con lamparillas que ponen como ofrenda a los difuntos, y que se van apagando en las silenciosas horas de la noche, cuando se extingue la llama, al consumirse la mecha y el aceite.

## El niño torero

### I

ANGEL rubio de mi vida,

niño lindo de mi amor,

no juegues a ser torero

con tus tres años en flor:

que es tu equilibrio inestable,

que tus pasos cortos son...

¡y qué largos!, ay ¡qué largos

los cuernos del caracol!

No juegues—risa en los labios—,

tus donaires bajo un sol

que rubrica hilos de oro

en tu cabeza; un color

de manzana en tus mejillas...

blancas... —blancura de alcor:

que ni hay música, ni plaza,

ni público, ni emoción

que te aplauda y que te grite

tu garbo de artista; ¡no!

Y está la escarcha en la linde,